

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrfos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 9 rs., seis 16, y un año 30.
PROVINCIAS: Tres meses, 10 rs., seis 18, y un año 34.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 28, y un año 54.
AMÉRICA: Seis meses 38, y un año 70.
FILIPINAS: Seis meses 60, y un año 110.

Administración.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ,

ADVERTENCIA.

Desde 1.º de Abril se publicarán cada mes ocho ó nueve números de EL CASCABEL, es decir, doble lectura de la que hoy damos á nuestros favorecedores, haciendo por este motivo la alteración en los precios que puede verse á la cabeza de este número. Creemos que nuestros suscritores no verán con disgusto este insignificante aumento de precio, que no compensa ni con mucho los mayores gastos que pesan sobre esta empresa desde 1.º de Abril.

Los señores suscritores actuales, cuyo abono termina en fin de este mes ó del próximo, y lo renueven ántes del 20 de este último, recibirán el libro que está en prensa, titulado:

LA VERDAD LISA Y LLANA.

Colección de letrillas y fábulas políticas y sociales y de todo género,

ORIGINALES DE

D. CARLOS FRONTAURA.

Igual obsequio recibirán todos los nuevos suscritores que hagan su abono por seis meses ántes de fin de Marzo.

REVISTA DE MADRID.

Hay gentes que, viviendo en Madrid, en este círculo vicioso de la política, parece que viven allá en las Batuecas.

Estas gentes son las que se han asombrado con todo el candor de la inocencia de lo que ha pasado últimamente en el Congreso de los diputados, á propósito de la cuestión de incompatibilidades.

A nosotros no nos ha sorprendido eso, como no nos sorprenden otras cosas que hemos visto, aunque no somos viejos, ni nos sorprenderán otras muchas que veremos, si Dios nos da vida.

Un día se desapueba lo que el día anterior se aprobó.

¡Qué cosa más natural!... Así, á primera vista parece un absurdo, una grandísima contradicción, una inconsecuencia patente; pero no es nada de esto, si se considera que á tal extremo hemos llegado, que aquí lo absurdo es lo lógico, lo anómalo es lo normal, y lo raro y extravagante es lo que no tiene nada de particular.

El diputado señor Casaval, que es un buen muchacho, que va á tener algún día la desgracia de ser ministro, y lo sentiremos porque le apreciamos, es un político nuevo, con mucha fé y muchas ilusiones, y no es raro que se asombre de lo que es verdaderamente asombroso é inalficible; pero de poco se asombra, porque de esas y

otras cosas ha de ver muchas, si continúa dedicado á la política.

Quien nos hizo gracia, hablando de ciertas cosas, fué el bendito conde de San Luis, que, cuando era Gobierno, á fé que no se paraba en barras, ni andaba con repulgos para sostenerse en el poder.

El Gobierno no ha caído.

Esto es lo importante para él, lo lastimoso para los que quieren recoger su herencia, triste herencia por cierto, y lo indiferente para nosotros, que vemos la función desde la entrada general, y lo mismo nos divierte una compañía que otra.

¡Contradicciones! ¡inconsecuencias!

¡Valiente caso hacemos nosotros ya de esas cosas! Eso es lo que se ve todos los días. Recuerden VV. la vida pública de los hombres públicos que han mangoneado en las cocinas del presupuesto, lean VV. las colecciones de periódicos, escritos ó inspirados por esos mismos hombres públicos, y despues no extrañarán ninguna contradicción y ninguna inconsecuencia.

Posada Herrera, con su criterio de la libertad, sus apóstrofes á la prensa, sus censuras al ministerio Narvaez, haciendo entonces coro á la prensa y uniéndose con ella, y con su colección de discursos en diversas épocas; Nocedal, miliciano ántes y absolutista ahora; Escosura, furibundo progresista ántes, y ahora unionista furibundo; San Luis, ministro y amigo de hacer su santísimo gusto ántes, y hoy diputado celoso de los fueros del Parlamento y de la legalidad; los moderados, que no querían hacer causa comun con el jefe de aquel ministerio de 1854, y hoy le tienen poco menos que por jefe; los que ayer eran demócratas y hoy son unionistas, é infinitos que pudiéramos citar, son patente ejemplo de que está en Belén el que aquí se asombra de que pasen cosas raras.

Lo asombroso sería que pasaran otras cosas; lo raro sería que todo el mundo político fuera consecuente; lo anómalo sería que no se viesan esas rarezas, esos absurdos y otros.

De sábios es mudar de parecer, y aquí todos son sábios.

Es proverbial lo de que este es el país de las anomalías, porque, en efecto, las hay muy notables.

En este ministerio hay un ministro de Hacienda que no la entiende, y un ministro de Marina que es general de caballería, y bien podemos darnos por satisfechos con que no sea un general de la Armada el ministro de Gracia y Justicia.

Todos los hombres políticos hablan en la oposición de libertad y legalidad, y cuando son Gobierno envían á un cuerno la legalidad y la libertad, y hacen lo que les da la gana.

¡Qué piropos á la prensa cuando no están en el banco azul! y luego que están, ¡qué desden para la prensa!

Los moderados piden ahora economías; que

les den el poder, y ya verán VV. las economías que hacen.

Los progresistas adoran la libertad de imprenta; que les hagan ministros, y ya verán VV. lo que hacen con el Padre Cobos, si se publica otra vez este reverendo.

Los neos hablan siempre de religion, porque así cuadra á sus fines políticos; pues vean VV. con qué amor y caridad tratan los neos á los que no tienen sus ideas, á quienes solo por esto negarian el agua y el fuego, es decir, el fuego nó, el fuego se lo concederian para hacerlos chicharron.

Verían VV. qué igualdad y qué fraternidad habria si llegaran á encaramarse en el pescante del omnibus de la cosa pública los simpáticos, purísimos y suaves demócratas.

Ahí tienen VV. á los unionistas, que nunca están unidos sino en el deseo de tener puesto en la mesa del presupuesto.

Señores, lo dicho, no hay nada que extrañar, no hay nada de que asombrarse. ¿Lo que sucede es anómalo y absurdo? pues eso es lo normal y lógico.

El día que lo absurdo sea absurdo, que cada cual ocupe el lugar que le corresponde, que nadie incurra en contradicciones é inconsecuencias, ese día tendremos que preguntar ¿en que país vivimos?...

En fin, la política es un fandango, y al que no lo baila se le llama tonto.

Gracias á Dios que en esta semana no hay política.

Como que es Semana Santa, y las semanas dedicadas á la política de todo tienen menos de santas.

Sin embargo, aunque ostensiblemente no haya política, mientras la gente sencilla, ajena á ese juego, inventado sin duda por Juan Palomo, reza y oye sermones, y recuerda los Dolores de la Santísima Virgen y las sublimes palabras de Jesucristo, los amantes del ministerio imaginarán medios de darle fuerza, los disidentes buscarán medios de quitársela, los moderados inventarán sorpresas para echarle la zancadilla, y los revolucionarios pensarán cómo y cuándo dar el golpe,—como si ya no hubiéramos sufrido golpes bastantes,—porque aquellos á quienes coge el demonio de la política, no piensan en otra cosa. Por eso, pasadas estas fiestas, la política se animará, habrá preguntas y respuestas oportunas ó inoportunas, que esto es lo de menos, proposiciones, acusaciones y todo lo demás. Despues de cinco ó seis días de privación, hay que hablar todo lo que se ha callado, hay que desquitarse.

Y si de todo eso resultara alguna ventaja para el país, pondríamos sobre nuestra cabeza,—aunque pesan mucho,—á los hombres políticos con su política; pero si no resulta nada, si no se adelanta nada, si estamos siempre lo mismo, ¿cómo no hemos de tronar contra esta política estéril, pesada é insufrible?...

Caballeros y señoras, estamos en Semana Santa; no nos oponemos á que se luzcan VV. por esas calles, aunque la ocasion no es muy á propósito para hacer ostentoso alarde del lujo y la elegancia; no nos oponemos á que se den VV. un paseito por la Carrera de San Gerónimo, despues de visitar los Sagrarios, que ya sabemos que les gusta á VV., los gallos, ver á Fulanita y á Menganita, y á VV., las niñas, y las que ya no son niñas, que las vean Menganita y Fulanita; pero acuérdense VV. de que hay muchos pobres, muchas familias sin pan que en estos dias santos todo lo esperan de los cristianos sentimientos de VV., que tienen,—y Dios se lo aumente,—lo de que aquellos infelices carecen, todo lo esperan de la Caridad, que en estos dias, como siempre, es tan meritoria á los ojos de Dios. No necesitamos, por cierto, recordar á VV. lo que seguramente no olvidan nunca; esta excitacion la hacemos para consuelo y esperanza de los pobres á quienes VV. van á favorecer.

Y aquí damos fin á la Revista, para dar lugar á la lectura propia de estos dias santos, que en vísperas del aniversario de la Redencion del mundo, bueno es que prescindamos del carácter festivo de EL CASCABEL.

El domingo de Resurreccion será otra cosa.

LAS SIETE PALABRAS.

I.

¡Señor y padre mio!
Al hombre que de espinas me corona,
A mi enemigo impio,
Como yo, le perdona....
Es que al error ¡oh padre! se abandona.

¡Y el Hombre-Dios piadoso
Humilde mira á su enemigo airado!...
Por él vuelve amoroso,
Cuando puede irritado
Anonadar el mundo del pecado.
¡Y tan sublime ejemplo
No sigue el hombre, que en su pecho eleva
A la soberbia un templo!...
Y aun el rencor le lleva
A la venganza vil que Dios reprueba.
¡Dé siempre el hombre al hombre
Generoso perdón! —¡Esencia pura
De Dios, bajó en su nombre
Jesús desde su altura
A darle su perdón y la ventura!
Con la sangre preciosa
Que á derramar entre nosotros vino,
De la paz venturosa
Nos señaló el camino,
De la virtud nos escribió el destino.
¡Y el hombre miserable,
Monstruo de vanidad, acaso olvida
Que en polvo deleznable
Del alma desprendida
Será la vil materia convertida!
Que Dios ha asegurado
Ensalar al humilde que padece
Por quien, torpe y menguado,
Le humilla y le escarnece,
Y con soberbia vil el pan le ofrece.
¡Castiga á tu enemigo
Dándole tu perdón por penitencia,
Que su mayor castigo
Lo hallará en tu clemencia,
Como en la eterna voz de su conciencia!

II.

¡Oh! tú, que reconoces
Que el hijo soy de Dios y verdad digo,
Tú del cielo los goces
Disfrutarás conmigo....
¡Tú en el cielo serás!... ¡Yo te bendigo!

Jesús inmaculado
Y esencia pura del divino aliento,
Al ver en un malvado
El arrepentimiento,
En el Empireo le promete asiento.
¡Orad, orad, cristianos!
¡Fundad en Dios eterno la esperanza,
Que los bienes humanos
Sujetos á mudanza
Están y solo en Dios el bien se alcanza!
¡En Dios encuentra ayuda
Y proteccion el pecador contrito,
Y aquel que de Dios duda
Inconfeso precito,
Humillado será, será maldito!
El ejemplo os advierte
Del ladrón pecador, que arrepentido
Viendo de Dios la muerte,
El solo bueno ha sido
En medio de aquel pueblo envilecido.
Procura el hombre en vano
Hallar, viviendo, la verdad que ansia.
La verdad el cristiano
La ve segura el dia
Que el alma en un suspiro á Dios envia.

III.

Por tu dolor me aflijo,
¡Oh Madre de mi amor, Virgen María!
¡Acepta á Juan por hijo,

Que Juan desde este dia
En ti su Madre vea, Madre mia!

¡Oh! Virgen amorosa
Que diste al mundo el Redentor del mundo,
Y cual El generosa,
Hiciste tan fecundo
Para el mundo cruel tu amor profundo!
¡Tú, de quien en la vida
Sufre y llora consuelo bendecido,
Y madre bendecida
Del triste desvalido
Que á la piedad abandonado ha sidol
¡Tú, la sola que aplacas
Las tempestades de la mar bravia,
Y salvo á tierra sacas
Al naufrago que envia
Súplicas á tu amor en la agonía!
¡Tú, que potente abates
Del descreido la rabiosa saña!
¡Tú, que en tantos combates
Seguiste en tierra extraña
A los nobles soldados de tu España!...
¡Bendita Tú, que ofreces
Al hombre tanto amor, Virgen María!
¡Bendita una y mil veces!
¡Sé siempre nuestro guia,
Y siempre Madre de la patria mia!

IV.

¡Dios mio, padre amado!
¡Por qué, Dios mio, en tan supremo instante
Estoy abandonado?...
Mi acento suplicante,
¡No llega, oh Padre, á tu cariño amante!

Al dolor no cedia
Del Hombre Dios el poderoso aliento,
Por el hombre sufría,
Y era su pensamiento
Por el hombre sufrir mayor tormento.
Y la ayuda invocaba
De Dios para aquel pueblo malhadado,
Que sin dolor miraba
Por él crucificado
Del Hombre-Dios el cuerpo inmaculado,

V.

¡Sed tengo! Padre mio,
Sed de sufrir por redimir al hombre
Que me condena impio,
Sin que mi amor le asombre
Ni le infunda terror tu santo nombre.

El cruel sacrificio
Del Hombre Dios recuerden los cristianos:
El acudió propicio
Al bien de los humanos,
Y al redimirnos, Él nos hizo hermanos!
¡Oh, vosotros los hombres,
Que por oro y poder os haceis guerra,
Ved que son vanos nombres
Los bienes de la tierra,
Que solo en hacer bien el bien se encierra.

VI.

¡Todo está consumado!
¡Tu voluntad, oh Dios, está cumplida!
Ya del primer pecado
La tierra redimida,
Dándome á mí la muerte, halló la vida!

Dios al bueno bendiga,
Y el bueno al criminal el bien le advierta;
Su huella el hombre siga;
Será su dicha cierta,
Y del cielo hallará la entrada abierta.
¡Tenga los ojos fijos
El hombre en Dios, y en su justicia crea!
¡Dé al mundo honrados hijos,
Y honrados nietos vea
Y siempre á Dios honrando, honrado sea!

VII.

¡Oh padre, padre mio!
¡En tus manos mi espíritu encomiendo!
¡A ti llegar nsto,
Al hombre redimiendo,
Y al hombre y á tu amor satisfaciendo!

Y en el mismo momento
Jesús, el Hombre-Dios sacrificado,
Dando el postrer aliento
Al mundo abandonado,
Redime al mundo del primer pecado,

CÁRLOS FRONTEIRA.

LEYENDA BÍBLICO-FANTÁSTICA.

I.

Era una noche mala.
Ni luna ni estrellas habia en el cielo, y la tierra era azotada por las ráfagas del viento, que arrancaba y barria las flores y las hojas y las ranas, gimiendo despues entre los troncos desnudos, despojados, secos.
Dos seres se deslizaban por un camino que conducia á una morada perdida entre las sombras.
El uno era blanco, luminoso, espléndido; el otro negro, más negro que la noche, sin luna ni estrellas: aquel venia por la derecha, con todo el amor del cielo; este por la siniestra, con todo el odio acumulado por la desesperacion y la soberbia en las profundidades del infierno.
Y se encontraron.
—¡Maldito seas!
—¡Por qué me maldices?
—Porque odio la luz, y te encuentro siempre en mi camino.

—Dios me envia.
—Y ¿quién es Dios?
—El que es.
—Yo soy.
—Maldito fuiste, y eres, y serás.
—Huye entónces de mí, si me maldices, como yo de tí porque te maldigo.
—Vengo á salvar un alma.
—¡Vivo yo! que no la salvarás.
—Soy el Angel del Señor.
—Y yo soy Satanás.

II.

—¡Señor! dame espada de fuego.
—Espera.

III.

—¡Legiones de espíritus rebeldes que á mí solo ser-
vis! ¿Dónde estais?
—Aquí estamos.
—Desplegad en el vacío vuestras alas de tinieblas, para que no vea el cielo el alma que codicio; emponzo-
ñad el aire que respire con la hediondez de vuestro aliento; lloved lluvia de tentacion, sacudiendo encima de ella la ceniza de vuestros tostados cuerpos. Id.
¡Vivo yo!

IV.

Junto al mar de Galilea, azul, sereno y diáfano como el cielo al sol de la mañana; lejos del bullicio de la gran Ciudad esclava, que no habia de acoger al Redentor enviado; entre grupos de olivares, y á la sombra de las palmas de Bethania, que, como suspiros de esperanza, subian á IHOWAH, el es quien es de Abraham, de Moisés y de David; en este aislado huerto se alzaba en edad pasada un castillo agreste, arrullado por el aura que rizaba la espuma del mar, y de los rios, remedando las muertas armonías del arpa de los salmos.

Y enseñada por buenos padres á creer y esperar, habitaba con ellos en aquel castillo virgen no tocada y bella entre las bellas como la escogida Esther. Una azucena su frente, un aleli su labio, dos rosas sus mejillas, dos estrellas sus ojos, una palma su cuerpo y una aurora desposada con el sol en el mes de las espigas su rubia cabellera, flotante sobre los nardos de sus hombros y la olorosa espuma de su abundante seno.

Su padre la llamaba iris de paz, su madre va-o de oro, y sus esclavas princesa de las rosas de Bethania.

Pero no estaba contenta, y como si faltara espacio á sus deseos en aquel pacífico retiro, gemia por el espacio del mundo.

Alas para volar, el amor. Y la mujer amó.

V.

Era la noche mala, sin luna ni estrellas.
Luego el viento cesó y quedó la noche muda; pero siempre mala, porque llovía blandamente ceniza de tentacion.

A favor de este reposo, y á raiz de una palmera tronchada, alguien entonó un cantar al son de su salterio.
Todo otra vez calló, y la casa paterna se abrió sigilosamente.

Una doncella salió; miró al cielo y no lo vió, como si legiones de tenebrosos espíritus lo cubrieran con sus alas.

Y deseó el pecado como la tierra sedienta tragar agua.

Los amantes se juntaron, y el viento volvió á soplar rauda y rugiente, barriendo entre cenizas la última flor del huerto de Bethania.

Una risa de triunfo, vengativa, cruel, pasó como una ráfaga de fuerte y cálido viento.... era la risa de Satanás.

Y una lágrima del cielo cayó sobre el lago de Genesareth y amargó todas sus aguas.... era el llanto del Angel del Señor.

VI.

—¡Angel bueno! ¡mi Angell
—Señor, aquí estoy.
—¿Qué haces?
—¡Lloro.
—Bueno es llorar por el dolor.
—Dios mio, se perdió. Maldice á Satanás.
—¡Maldito sea!

—Y perdona al alma perdida, porque él la vistió de cálida ceniza, y la cegó con tinieblas, y [la] barrió con tempestades.
—Defiéndela.
—Dame espada de fuego para luchar contra él, porque es muy fuerte.
—Ármate con un rayo de mi sol.

VII.

—Los dioses te guarden, vieja hebrea.
—Salud, gentil mancebo.
—Iba de paso para Jerusalem, donde anida el Aguilá invicta de mi legion, y quise descansar en este pueblo. Cuando descansa, quise gozar y me dijeron: Sahara tiene un jardín. ¿Es verdad que tienes un jardín, óptima Sahara?
—No te engañaron.
—Pues véndeme una flor.
—Si pagas en oro, la rosa de las rosas de Bethania será tuya.
—Pago.
—Pasa.

VIII.

—El vino es el alma del cuerpo y el amor el alma del alma. Bebamos y amemos.
—Amemos y bebamos, hijo de Marte y Venus, y Cefiro enamorado de las rosas; amemos y bebamos, porque los dioses de Roma no son dioses, y el que ha de venir á Israel no viene.
—Derribemos todos los altares y uno solo quede en pie.
—Blanco es y blando como la espuma del lago de Genesareth, oloroso como los nardos de Sion, y dulce como la miel de Efrain.
—Nuestro único Dios, el amor.

IX.

La lira pagana y el salterio de Israel confundieron sus acordes, y mancebos y mancebas danzaron á su son bebiendo y amando desde la caída del sol hasta el ósculo de la aurora.

La rosa de las rosas de Bethania exhaló todo su olor. Y como la flor se inclina mística sobre su tallo roto, despues del viento cálido, así la gran pecadora inclinó su frente ebria sobre su cansado cuerpo, y se durmió y soñó.

Veía en su sueño que un espíritu de luz, armado con espada de fuego, luchaba contra un espíritu de tinieblas, y que las sombras del cielo se rasgaron, alumbrando el sol toda la tierra.

Vió luego el mar de Galilea rizando mansamente en espumas todos los recuerdos de su niñez, de su inocencia perdida, de su virtud ya manchada, y vió una turba que avanzaba hasta la orilla, donde las lenguas del agua murmuraban como arrullos de plegarias. La turba seguía anhelante á un hombre singular por su majestuosa hermosura; hombre que llevaba la luz de la fe pura y radiante como aureola de santidad en el cielo de su frente; el sello de la esperanza divina en el immaculado espejo de sus ojos; la inmensidad del amor, amor de caridad, en el seno de su alma, dilatada en los espacios como el aire, como la luz, como Dios; el acento y sabor de la verdad, en sus purísimos labios abiertos, sacro libro de enseñanza y oración; la misericordia infinita en sus generosas manos, elevadas para bendecir y abrazar y proteger y redimir.

Y oía decir al hombre con voz más sonora y dulce que todas las armenias de lirras y salterios:

«Entrad por la puerta angosta, porque ancha puerta y espaciosa vía es la que conduce á la perdición, y muchos son los que entran por ella. ¡Cuán angosta vía es la que conduce á la vida, y cuán pocos son los que la encuentran!»

Haced, haced penitencia, porque se acerca el reino de los Cielos.

No vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

Venid á mí los afligidos, y yo os consolaré.

Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón, y hallareis la paz de vuestras almas.

Mi yugo es suave y mi carga leve.»

Y la tierra volvió á oscurecerse. Y apareció otra vez el espíritu de luz luchando contra el de tinieblas.

Y otra vez las sombras se rasgaron, y volvió á alumbrar el sol toda la tierra.

Y volvió á ver y oír al que enseñaba, el cual decía:

«¡Quién de vosotros que tuviera cien ovejas y perdiera una, no dejaría en el campo las noventa y nueve, para ir á buscar á la perdida hasta que la encontrara?»

Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros regocijándose, y viene á su casa y convoca á sus amigos y vecinos diciéndoles: Congratuladme, porque hallé la oveja que se había perdido.

En verdad os digo que más gozo habrá en el cielo por un pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia.»

Y todo volvió á oscurecerse. Y el espíritu de luz que siempre luchaba, venció al fin al de tinieblas, que, cayendo herido por la espada de fuego, cubrió con una de sus alas á la pecadora que soñaba.

Y el ala cayó encima como un monte de plomo derretido.

Y el fuego inflamó su cuerpo con el ardor de todas las concupiscencias, y el peso angustió su alma con toda la agonía de la muerte.

Pero al fin saltó del lecho, sacudiendo su tormentoso letargo.

X.

El sol en mitad del cielo, alumbraba toda la tierra.

La esposa del pecado revolvió en su atormentada frente los fijos recuerdos de su ensueño, y ahogándose bajo el techo de Sahara, subió á la azotea para respirar el aire libre.

Vió las palmas del árbol de la fe, queriendo abrazar el cielo; las cimas de los montes queriendo entrar en el cielo; los límites lejanos del azulado mar, confundándose en un ósculo infinito con el cielo; el humo de los hogares como ofrenda de las familias creyentes, subir, perderse, entrar en el cielo. Todo cuanto miraba tenía su relación con el cielo; y ella, que estaba en el fango de la tierra, sintió en su alma, y hasta en su misma lengua, toda la amargura del pecado.

Entonces vió entre las palmas brazos abiertos hacia todo lo que sube, agruparse una turba en redor de un hombre, singular por su majestuosa hermosura, y oyó una voz más sonora y dulce que todas las armonías de lirras y salterios.

La voz repitió cuanto la pecadora había soñado, y al oír la parábola de la oveja perdida, gritó con toda la fe dormida en su gran alma:

¡Señor! ¡Señor! aquí estoy.

Y el Maestro siguió evangelizando:

«Venid á mí, decía, los que estais afligidos, y yo os consolaré.»

¡Voy! ¡voy, Señor! gritó la pecadora.

Y desatando las trenzas de su cabello, y el cingulo de su túnica, y las cintas de sus sandalias, se deslizó por la tierra como una lágrima por las mejillas.

XI.

«Rogaba á Jesús cierto fariseo que fuera á comer con él. Y entrando en casa del fariseo, se sentó á la mesa.

Y una mujer pecadora que había en la ciudad, cuando supo que Jesús estaba á la mesa en casa del fariseo, fué allá con un vaso de alabastro lleno de unguento oloroso.

Y postrándose á sus pies, se los besaba regándolos con sus lágrimas, y enjugándolos con sus cabellos, y ungiéndolos con el unguento.

Y cuando esto vió el fariseo, dijo entre sí mismo: Si este hombre fuera profeta, sabría quién y cuál es la mujer que lo toca, porque pecadora es.

Y Jesús le dijo: Simon, tengo que decirte una cosa. Y él respondió: Maestro, di.

Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta.

Mas como no tenían con qué pagarle, se los perdonó á entrambos. ¿Quién, pues, de los dos le ama más?

Respondiendo Simon, dijo: Pienso que aquel á quien más perdonó.

Y Jesús le dijo: Rectamente has juzgado.

Y volviéndose hacia la mujer, dijo á Simon: ¿Ves á esa mujer? Entré en tu casa, no me diste el agua para los pies, y ella me los ha regado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos.

No me diste el ósculo, y ella no ha cesado de besar-me los pies.

No unguiste mi cabeza con el óleo, y ella me ungió los pies con unguento oloroso.

Por lo cual te digo que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho: á quien menos se perdona, menos ama.

Y dijo á ella: Perdonados te son tus pecados.»

LA MUERTE DE JESÚS.

«Y eres tú el que velando la excelsa majestad en nube ardiente, fulminaste en Sinaí y el impio bando, que eleva contra ti la osada frente, ¡es el que oyó medroso de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado ¡ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo alzas gimiendo el rostro lastimado: cubre tus bellos ojos mortal velo, y su luz extinguida, en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordeña, amor más poderoso que la muerte: por él de la maldad sufre la pena el Dios de las virtudes, y leon fuerte, se ofrece al golpe fiero bajo el vellon de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa, ante siglos de siglos degollada!

Aun no ahuyentó la noche pavorosa por vez primera el alba nacarada, y hostia del amor tierno moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte, oh paz, oh gloria del culpado mundo!

¡Qué pecho empedernido no se parte al golpe acerbo del dolor profundo, viendo que en la delicia del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales de esas sangrientas llagas, amor mío? ¡quién cubrió tus mejillas celestiales de horror y palidez? ¡cuál brazo impío á tu frente divina ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles: al santo perdonad, muera el malvado: si sois de un justo Dios ministros fieles, caiga la dura pena en el culpado: si la impiedad os guía y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres Tú solo la víctima de paz que el hombre espera. Si del Oriente al escondido polo un mar de sangre criminal corriera, ante Dios irritado no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo su cólera en diluvios descendía, y á la maldad que dominaba el suelo, y á las malvadas gentes envolvía, de la diestra potente depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre de los montes el agua vengadora: el sol, amortecida la alba lumbre, que el firmamento rápido colora, por la esfera sombría cual palido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado de su semblante descogió el Eterno. Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado, domador de la muerte y del Averno, tu cólera infinita extinguir en su sangre solicitaba.

¡Oyes, oyes cuál clama: padre de amor, por qué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama, que en tu furor al mundo derramaste: de la acerba venganza que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga el rayo entre las manos del Potente? Ya de la muerte la tiniebla vaga por el semblante de Jesús doliente; y su triste gemido oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte: esgrime, esgrime la fulminea espada, y el último suspiro del Dios fuerte, que la humana maldad deja expiada, suba al sòlio sagrado, do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, oh tierra: rompe, oh templo, tu velo. Moribundo yace el Criador; más la maldad aterra, y un grito de furor lanza el profundo: muere... gemid, humanos. todos en el pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

LA ESPERANZA.

«Habeis visto alguna vez en la casa del Señor una virgen pura, vestida de esmeralda, que apoyada en un áncora, ó abrazada á una fuerte columna, dirige al cielo sus ojos humedecidos de amor y muestra en su semblante toda la serenidad, toda la dulce satisfacción de la gloria?»

Pues aquella es la imágen, personificación de la Esperanza, tal como la concibieron los Santos Padres, tal como la Iglesia nos la ha presentado.

De la personificación, porque aquella es su sonrisa placentera, aquella su serena mirada, aquella la dulce tranquilidad del que espera, ¡aquella la hermosura celestial de esa virtud divina; pero como su vida es del cielo, como solo en sus efectos la hemos conocido, por eso los sagrados escritores le han dado vida bajo esa forma, imágen de la Esperanza, la más perfecta, la más acabada que el hombre puede concebir.

Pero ¿tal vez hay exageración en la figura? Por ventura, ¿no es destino del hombre en este mundo, esperar? Pues ¿por qué toda esperanza no va acompañada de tan feliz sosiego? ¿Quién roba á la esperanza del hombre tan dulce tranquilidad?

Es que el hombre solo fia en la esperanza del hombre, y aquella es la imágen de la esperanza del cristiano. Es que el hombre, arrancando esa planta del cielo, quiere ponerla en la tierra, y sus flores se marchitan y se disipa su aroma.

¿Cuál es, pues, la esperanza del cristiano, que produce esos efectos divinos?

Cuando un objeto cualquiera se opone al paso de nuestra vista, la intencion, viniendo como á prestar nueva luz á la órbita del ojo, le examina atentamente, y los rayos de luz reflejados en el objeto observado, graban su imágen en la retina, y llevan al alma los efectos de terror ó de placer que le acompañan.

Así, cuando el cristiano dirige su vista al cielo, y encuentra el insuperable obstáculo de la inmensidad, iluminado por la fe, ve allá su morada, la reconoce como suya, desea poseerla, ve y sigue la senda que á ella le conduce, y por esa senda, á través de ese deseo, los rayos de la divina gracia graban en su espíritu la imágen del objeto deseado, llevan á su corazón esa fruición anticipada de los bienaventurados.

Pues bien: ese reconocimiento de dominio sobre el objeto que la Fe ilumina, ese deseo de poseerle, la seguridad que su luz inspira de su santa indefectibilidad, es la esperanza del cristiano; y como la morada adonde va es más grande que todas las grandezas de la tierra, y más rica que todas las riquezas de este mundo, el cristiano solo con su esperanza no se cambia por el orbe entero.

Ved, pues, la esperanza del cristiano. Ese es el báculo en que se apoya para soportar el peso de las debilidades y miserias de esta vida, y con el que se defiende de los peligros y desgracias de este mundo.

Ese es el ángel que le conduce de la mano á las puertas de la gloria, la amable nodriza que le alimenta en la infancia de esta vida, y con el dulce néctar de sus pechos, hace resignados, cuando no alegres, los tristes días de su ancianidad.

La esperanza del cristiano es la ligera y bien templada armadura que vistieron los mártires para pelear y vencer en la terrible lucha del martirio. La que vistieron los Santos para salir victoriosos en la lucha de las pasiones.

Ella es el alimento del alma; el árbol misterioso á cuya sombra descansa el cristiano de las penalidades y fatigas de este destierro.

Ella es la madre que con tierno anhelo cuida de la dirección de sus vacilantes pasos; la única que con mano cariñosa enjuga las lágrimas de su desdicha, y alegra, con su sonrisa, su tristeza.

Ella es la fuente perenne de agua viva, que ántes de satisfacerle, presta todos los gozos de la satisfacción.

Ella es la escala de oro que partiendo del alma termina en el trono de Dios, y solo terminando allí consigue el hombre esa dulzura, esa seguridad que respira el semblante de su imágen, pues solo fijando allí la Esperanza, está libre de los embates de este mundo.

¡Dulce esperanza! ¡Dichosos los que siguiendo su ancha, recta y espaciosa senda que termina en el cielo, van sembrandola con las flores de las virtudes, y ve aumentar su aroma y hermosura por el rocío de la gracia que fecundiza su camino!

Y no es solamente esa la esperanza del cristiano. Es tambien el lazo de flores que, sujetando el corazón del hombre, tiene su raíz en la gloria, y es el hilo que debe seguir el hombre para salir del laberinto de este mundo y llegar á las puertas de su reino.

Un día la soberbia arrancó esa raíz celestial, y el hombre vagó al acaso, y perdió la sonrisa de los ángeles, y se marchitaron las flores de su dulce tranquilidad, y agobiado por el peso de ese mismo lazo de flores muertas ya, buscó la sombra del árbol que un tiempo aliviara su cansancio; buscó el báculo en que apoyarse para no sucumbir al peso de las hojas secas de su desgracia; buscó, en fin, la vida de aquella planta, el aroma de aquellas flores, que es la vida de su alma, la sonrisa de su corazón. Y si mirando al cielo plantó allí la raíz de su esperanza, en las orillas del río de la vida, este prestó á su corazón el aroma de la santidad, y á su alma la sonrisa, la dulzura, la serenidad que acompañan á la Esperanza del cristiano. Y siguiendo siempre ese hilo de flores que le guía, la última que encontró en su camino era la llave del cielo.

Pero si el hombre, cerrando los ojos á la luz de la fe, busca solo en el suelo un punto de apoyo á su Esperanza, pobre planta exótica en la tierra, las auras más suaves la marchitan, las brisas más sutiles tronchan su esbelto tallo; y al fin del hilo de su tímida Esperanza, solo encuentra un triste desengaño que cubre de luto su alma anegando en hiel su corazón. Y sigue en su loco afán buscando en la tierra lo que solo existe en el cielo, y arrancando una tras otra las flores de su Esperanza, hasta perder, pobre naufrago, la estrella de su salvacion, que le oculta su locura. Y entonces...

¡Ojalá que el velo de la ignorancia pudiese borrar de la mente del hombre la idea de tan funestos resultados!

MIGUEL BOLEA, PRESBITERO.

A JESUCRISTO CRUCIFICADO.

FOR EL P. FRAY LUIS DE LEON.

Inocente cordero
 En tu sangre bañado,
 Con que del mundo los pecados quitas,
 Del robusto madero
 Por los brazos colgado,
 Abiertos, que abrazarme solicitas:
 Ya que humilde marchitas
 La color y hermosura
 De ese rostro divino.
 A la muerte, vecino:
 Antes que el alma soberana y pura
 Parta para salvarme.
 Vuelve los mansos ojos á mirarme.
 Ya que el amor inmenso
 Con último regalo
 Rompe de esa grandeza las cortinas,
 Y con dolor intenso
 Arrimado á ese palo
 La cabeza rodeada con espinas
 Hacia la Madre inclinas,
 Y que la voz despidas
 Bien de entrañas reales,
 Y las culpas y males
 A la grandeza de tu padre pides
 Que sean perdonados:
 Acuérdate Señor, de mis pecados.
 Aquí, donde das muestras
 De maniroto y largo
 Con las palmas abiertas con los clavos;
 Aquí, donde Tú muestras
 Y ofreces mi descargo,
 Aquí, donde redimes los esclavos,
 Donde por todos cabos
 Misericordia brotas,
 Y el generoso pecho
 No queda satisfecho
 Hasta que el cuerpo de la sangre agotas:
 Aquí, Redentor, quiero
 Venir á tu justicia yo el primero.
 Aquí quiero que mires
 Un pecador metido
 En la ciega prision de sus errores;
 Que no temo te aires
 En mirarte ofendido,
 Pues abogando estás por pecadores:
 Que las culpas mayores
 Son las que más declaran
 Tu noble pecho santo,
 De que te precias tanto;
 Pues cuando las más graves se reparan,
 En más tu sangre empleas
 Y más con tu clemencia te recreas.
 Por más que el peso grave
 De mi culpa se siente
 Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
 Que tu yugo suave
 Sacudió inobediencia,
 Quedando en nueva sujecion por ello;
 por más que el suelo huella
 Con pasos tan cansados,
 Alcanzarte confío:
 Que pues por el bien mio
 Tienes los soberanos piés clavados
 En un madero firme,
 Seguro voy que no podré huirme.
 Seguro voy, Dios mio,
 De que el bien que deseo
 Tengo siempre de hallar en tu clemencia:
 De ese corazon flo,
 A que ya claro veo
 Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
 Que está tan descubierto,
 Que un Ladron maniatado
 Que lo ha contigo á solas
 En dos palabras solas
 Te lo tiene robado:
 Y si esperamos, luego
 De aquí á bien poco le acertará un ciego.
 A buen tiempo he llegado;
 Pues es cuando tus bienes
 Repartes con el Nuevo Testamento.
 Si á todos has mandado
 Cuantos presentes tienes,
 También ante tus ojos me presento.
 Y cuando en un momento
 A la Madre Hijo mandas.
 Al discipulo Madre,
 El Espiritu al Padre,
 ¿Cómo entre tantas mandas
 Ser mi desgracia puede
 Tanta, que solo yo vacío quede?
 Miradme, que soy hijo,
 Que por mi inobediencia
 Justamente podéis desheredarme;
 Ya tu palabra dijo
 Que hallaría clemencia,
 Siempre que á ti volviese á presentarme.
 Aquí quiero abrazarme
 A los piés de esta cama
 Donde estás espirando;
 Que si como demando,
 Oyes la voz llorosa que te llama,
 Grande ventura espero,
 Pues siendo hijo, quedará heredero.
 Por testimonio pido
 A cuantos te estan viendo,
 Cómo á este tiempo bajas la cabeza:
 Señal que has concedido
 Lo que te estoy pidiendo,

Como siempre esperé de tu largueza.
 ¡Oh admirable grandeza!
 ¡Caridad verdadera!
 Que como sea cierto
 Que hasta el testador muerto
 No tiene el testamento fuerza entera,
 Tan generoso eres,
 Que porque todo se confirme, mueres.
 Cancion, de aquí no hay paso.
 Las lágrimas sucedan,
 En vez de las palabras que te quedan:
 Que esto nos pide el lastimoso caso
 No contentos, agora
 Cuando la tierra, el sol, y el cielo llora.

LA DESESPERACION.

Et abiens laqueo se suspendit.
 (MATTH. 27-5.)

Mujeres de Sion, las que con llanto
 vais siguiendo esas huellas
 de redentora sangre, y vais por ellas
 subiendo á un monte santo;
 hombres de la Sion, que estais de hinojos
 ante esa cruz, señal de que abomino,
 porque están sin amor secos mis ojos,
 mi frente seca y seco el diamantino
 corazon, que despuntan los abrojos
 de mi horrible camino....
 suspended los gemidos y oraciones
 con que el dolor se amengua;
 volved y reprobad, y maldiciones
 lanzadme con salivas de la lengua.
 Hermanos sois ya todos al portento
 de un amor sobrehumano;
 mas yo de amor que ni un latido siento,
 de nadie soy, ni nadie es ya mi hermano.
 No aplaqueis vuestro enojo,
 maldecid todavía;
 que á sus piés el despojo
 del justo Abel y con su sangre rojo,
 Cain, hasta Cain me execraria.
 Yo soy, yo soy el reprobado en quien gimen
 las quejas todas del castigo eterno.
 ¡Maldecidme! que no hay para mi crimen
 harta lumbre en la hoguera del Infierno.
 Por mí el sol se oscurece; por mí solo
 la tierra en roto polo
 recruga, y cielo y tierra,
 todo en horrores por mi mal se cierra.
 Y todo me maldice;
 y todo me rechaza... ¡Ay! infelice!
 ¡Yo fui!... ¡yo fui!... ¡Protervo!
 ¡No veias la luz? ¡no oiste al Verbo?
 Enseñar, bendecir, curar de todas
 las almas tristes que á su paso hallaba
 las heridas y penas;
 quebrantar las durisimas cadenas
 de odio y de hierro de la tierra esclava;
 pedir por todos donde quiera oraba;
 tocar el polvo con la planta apenas...
 Era Dios, era Dios... Y yo.... ¡Maldito!
 ¡reprobol!... ¿Dónde, cómo
 ocultar el delito, si el delito
 en mi chorrea derretido plomo
 para que salga de mi queja al grito?
 Y es voz desgarradora
 que vibra y cunde y lo infinito alcanza,
 y el eco lo repite, y como ahora,
 ¡Réprobol! dice. ¡no, no hay esperanza!
 Quiero huir de los hombres:
 me asociaré á los brutos.... No, los brutos,
 al ver mi culpa sobre el rostro horrendo,
 y estos ojos enjutos.
 ¡Réprobol! me dirán, de horror huyendo.
 ¡A las aguas! ¡al mar! Quien desespera,
 en abismos de hiel su vida esconda....
 ¡Réprobol! dirá el mar. ¡Afuera!... Y fuera
 me arrojará su onda.
 Preparé de los montes á la cumbre,
 donde el rayo, cual rápida culebra,
 baja, y se agita y quiebra
 en cien despojos de ceniza y lumbre....
 Mas nó; no arderá el rayo en la alma fria,
 que de maldad revienta,
 y.... ¡Réprobol! dirá de noche y dia
 la voz de la tormenta.
 A la hondonada bajo,
 y en la hosquedad del bosque, allí me hundo,
 arrastrando mi cuerpo por debajo
 de ramas y hojas cual reptil inmundo....
 Nó, ¡pesami! tampoco.
 El huracan bravo
 rugiendo surgirá en enojo mio
 de sus cavernas huecas,
 y.... ¡Réprobol! dirá, dejando á poco
 rotas las ramas y las hojas secas.
 Viboras venenosas, que entre riscos
 amais mejor que yo, dando la muerte
 con baba de ponzoña en los mordiscos;
 ¡viboras, acudid!... Nó, que os advierte
 la misma voz del infernal, que grita
 corazon de odio lleno,
 que la sangre maldita
 con que se amasa el barro de mi seno,
 pudiera envenenar vuestro veneno.
 Rastreras ¡ay! vosotras, solamente
 la tierra envenenais; yo de codicia,
 de ingratitud y dolo
 alado reptil vuelo,
 beso un sol de justicia,
 el cielo beso y enveneno el cielo.
 ¡Qué voz!... ¡Su voz! ¡Escúchala, alma mia!
 ¿No retoña tu fe?... Nó, no retoña.
 ¡Sino! dijo la voz, y mi alma impia
 tan solo tiene sed de más ponzoña.
 Y otra vez la voz llega.

¡Perdónalos! ha dicho y.... ¡no me nombra!
 Sombra por esperanza se repliega
 dentro y fuera del alma, y dura y fria
 se abraza á su esperanza, que es la sombra.
 ¡Bien! Bástame el que ciño,
 fuerte, duro cordel á mi ropaje,
 cordel ¡ay! á quien tengo más cariño
 que al alma fiera que en el pecho traje.
 Un nudo.... un lazo y.... ¡Ea!
 ya no más me taladre
 el alma este latir. ¡Maldito sea
 el fruto que engendró quien fué mi padre,
 venenosa simiente
 de serpiente enroscada á otra serpiente!
 ¡Maldiga el odio de la tierra entera
 mi recuerdo infernal que siempre asombre,
 y la hora maldiga en que naciera,
 y mi vida, y mi nombre!
 Cierre ya el alma que nació conmigo
 sus alas negras de tizon combusto.
 ¡Muere, maldita! ¡muere!... ¡te castigo!
 Ya no hay luz.... ¡Ah! ¡Relámpago siniestro!
 ¡Luz!... Nó, no quiero verla, que me asusto.
 Aquel que abrió los brazos es el Justo.
 ¡Consumatum est! dice.... ¡es el Maestro!
 Y yo, en mi cruz tambien, cruz de mis dudas,
 yo.... ¡maldicion! ¡infierno!... ¡yo fui Judas!!!

CECILIO NAVARRO.

EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

SONETO.

Cumplióse de Daniel la profecía:
 el sol oscureció su lumbre pura,
 la luna triste resplandor fulgura,
 gime la tierra y palidece el dia.

Las crespas ondas de la mar bravía
 rugen y chocan en montaña dura:
 las tumbas se abren, y en mortal pavura
 mira Israel de Cristo la agonía.

Tiembla, vacila el ancho firmamento,
 pasmado el Serafin cubre su frente.
 «Piedad» con amoroso sentimiento,
 dijo Jesús desde la cruz pendiente,

y al exhalar tan dolorido acento,
 bramó de rabia la infernal serpiente.

FAUSTO LOPEZ VELA.

ANUNCIOS.

La Pasion de Jesus.—Corona sacra por don Faustino Jouve, dedicada al Emmo. señor don Francisco de Sales Crespo y Bautista, Obispo de Archis, auxiliar del Excmo. señor Cardenal arzobispo de Toledo.—Un tomito en 8.º prolongado, excelente papel y esmerada impresion.—*Título de los cantos.*—La hija de Sion.—Entrada en Jerusalem.—Institucion de la Eucaristia.—Prendimiento.—Camino del Calvario.—Redención.—Descendimiento y sepultura.—Soledad de Maria.
 Se vende en Madrid en la Administracion de este periódico, y en las librerías de los señores Escribano, Olamendi, Cuesta, Aguado, Lopez y Durán, al precio de 6 rs. en Madrid y 6 y medio en provincias, franco de porte.

Casa en venta.—Barrio de Chamberí, carretera de Francia, se vende una de planta baja, núm. 35, libre de procedencia y sin carga, útil para recreo, fábrica u otra cosa análoga; en la misma daran razon. Se halla frente de la fabrica de papel pintado.

Se suplica á la persona que se haya encontrado un reloj de oro de señora con las cifras P. C. que se ha extraviado desde la calle de Tudescos, Luna y Silva, á la de la Estrella, se sirva entregarlo en la Travesía de la Ballesta, núm. 11, entresuelo, y se la dará una buena gratificacion.

PROVEEDOR DE SS. AA. RR.

CALLE DE JARDINES, NÚM. 5, TIENDA.—MADRID.



Acete de bellotas para el pelo. (Privilegiado) á 6, 12 y 16 rs. bote. Ningun aceite ni pomada antiguo ni moderno, ha adquirido en España una reputacion mejor merecida que nuestro aceite de bellotas para ocultar las canas, evitar salgan otras, contener la caída del pelo, hacerlo salir en calvas recientes ó inveteradas, darle lustre, salud y desarrollo al pelo enfermo. Los espontáneos elogios de 18 periódicos científicos, la popularidad de este producto, las recomendaciones infinitas de célebres médicos higienistas, y la venta en tres años de 94,000 botes, justifican plenamente su bondad.

Tambien se usa con ventaja, en vez de los aceites y pomadas, para conservar y dirigir una buena cabellera. Depósitos: Barcelona, Borrell hermano. Valladolid, perfumería del Ramillete Oriental. Cádiz, calle del Rosario, 10. Valencia, perfumería de Melendez. Quintanar de la Orden, droguería de Villacañas. Pamplona, perfumería de Razquin. Alicante, droguería de Soler, etc., etc.—L. de Brea y Moreno.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel,

á cargo de M. BERNARDINO,
 calle de los Caños, número 4, bajo.